

JESÚS PROFETA: SU MODO DE HACER HISTORIA

Prof. Carlos Gil Arbiol

11 de Noviembre de 2014

(Transcripción de la grabación realizada en la conferencia)

INTRODUCCIÓN

Gracias por la presentación y por la invitación a venir un año más a estas jornadas. También por la elección de este tema que probablemente tiene mucha más actualidad de la que parece.

En principio había pensado recoger unas cuantas ideas de los profetas del AT que a mí me parecía que ayudaban a enfocar bien este tema. Sin embargo, como ya han tenido la oportunidad de tener dos sesiones con dos buenos ponentes sobre los profetas en el AT, y sólo vamos a tener una sobre la figura profética de Jesús, el primer punto lo voy a tratar muy brevemente con un párrafo referido a “los profetas antes de Jesús”, para centrarme después en la parte que me parece más importante, la de “Jesús como profeta”, la cual trataré en los puntos segundo y tercero, en el último de los cuales me detendré un poco más.

1. LOS PROFETAS ANTES DE JESÚS

Al preparar esta conferencia me pareció que, uno de los mejores modos, quizás el mejor, para comprender este rasgo profético de Jesús era fijarnos en una de las características de los profetas: su capacidad de elegir símbolos de la realidad y presentarlos como la imaginación del futuro que Dios quiere.

- *La imaginación profética*

A modo de resumen de lo que iba a decir sobre los profetas antes de Jesús, quisiera solamente leer un párrafo que tomo de un autor Walter Brueggemann, cuyo libro, traducido al castellano en el año 1986, se titula *La imaginación profética*; se trata de un librito breve sobre el profetismo, cuya lectura recomiendo encarecidamente. Este autor presenta la idea de la imaginación profética como “aquello que mejor describe al profeta”.

La tarea del profeta consiste en propiciar, alimentar y evocar una conciencia y una percepción de la realidad alternativas a las del entorno cultural dominante. La tarea del profeta no se centra tanto en hacer frente a las críticas públicas, puntuales y concretas, o enfrentarse al poder, sea cual sea. La tarea del profeta sería doble: primero, enfrentarse y resistir a la idea de que el futuro no es más que continuación del presente. Y segundo, ayudar a imaginar el futuro con los ojos de Dios. El profeta debería resistirse a que esa vocación alternativa se vea truncada o domesticada por la visión práctica, administrativa o institucionalizada de la religión.

Este párrafo merecería una explicación que no puedo hacer en este momento pero, como en varios momentos de la conferencia me voy a remitir a esta metáfora como característica del profeta, espero que este resumen del profetismo bíblico según este autor, se ilumine con la figura de Jesús.

2. JESÚS: UN PROFETA DE GALILEA

Obviamente, Jesús es multifacético y hablar de él como profeta supone fijarnos en unos rasgos de su figura histórica.

a) *Jesús en el contexto de Galilea*

Para entender esta dimensión profética de Jesús habría que detenerse para analizar el contexto histórico en el que Jesús nace y surge en la historia. Únicamente voy a señalar unos cuantos elementos de tensión porque, el momento en el que Jesús aparece en la historia está marcado por un conjunto de diversas tensiones, a las cuales la palabra y los hechos de Jesús van a ser respuesta.

Son tensiones marcadas, en primer lugar, por el nefasto gobierno de Herodes Antipas, un hijo de Herodes el Grande. El gobierno de Herodes Antipas era un motivo de ridículo para los propios galileos; entre otras cosas le gustaba jugar a “los soldaditos” con su pequeño ejército y cada vez que lo hacía infligía una soberana vergüenza a su pueblo. Cuando aparece Jesús, el Imperio de Roma no gobernaba directamente Galilea, sino que tenía todas sus legiones en la frontera y todo el mundo sabía que, en cualquier conflicto, se presentaban en cuestión de horas; no era una presencia cotidiana inmediata pero se sabía que estaban detrás de una colina.

En segundo lugar hay una profunda tensión entre el campo y la ciudad, un proceso de reconversión en muchos ámbitos. Del campo vivían los antiguos propietarios de la tierra que trabajaban, que eran ahora los productores; tierra que había pasado a manos de unos pocos que habían concentrado la propiedad y vivían en las pocas ciudades de Galilea -Séforis y Tiberias-. Entre el campo y la ciudad había una tensión de necesidad y de repulsión: en el campo vivían los productores y en la ciudad los propietarios, pero ambos se necesitaban, porque la ciudad no podía vivir sin lo que producía el campo y el campo no podía vivir sin lo que la ciudad le daba, fundamentalmente su economía.

En ese momento se está produciendo también una transformación del sistema económico. Hasta entonces la mayoría de la gente sobrevivía por el intercambio; la moneda no estaba tan extendida y el sistema que la mayoría utilizaba era el de reciprocidad, es decir, un productor intercambia productos con otro productor, según lo que acuerden. La aparición de intermediarios que establecían el precio de los productos y la necesidad de la moneda hacía que se enriquecieran muchos que no producían lo que estaba creando una profunda crisis y un enorme malestar.

Por éstas y otras razones, en tiempo de Jesús eran muy frecuentes y enormemente populares, las visiones apocalípticas de la historia: aquellas que partían de un diagnóstico negativo del presente, que veían en todo corrupción, que veían el destino fatal al que estaba abocada esta historia. No había fe en el Dios de los judíos, en Yahvé, ni había justicia, ni había paz... Lo único que cabía esperar era que Dios interviniera en la historia, aniquilando a todos los injustos para premiar en la otra vida a los justos. Esa era la visión apocalíptica que voy a subrayar dentro de un momento porque la representa también Juan el Bautista.

Ese conjunto de circunstancias y otras que se podrían señalar, marcan la aparición de Jesús en la escena histórica de la Galilea del siglo I. Jesús aparece en un momento enormemente crítico, con muchas tensiones y de profunda crisis; conviene subrayar esto porque lo que va a hacer Jesús se entiende muy bien en este contexto.

b) *Juan el Bautista y su mirada apocalíptica* (Mt 3,7-10)

Este texto de Marcos refleja muy bien esta visión apocalíptica que recoge Juan el Bautista y que tiene mucho éxito:

Cuando Juan vio venir a muchos fariseos y saduceos a su bautismo les dijo:

-¡Raza de víboras! ¿Quién os ha enseñado a huir de la ira inminente? Dad más bien fruto digno de conversión y no creais que basta decir en vuestro interior ‘tenemos por padre a Abrahán’, porque yo os aseguro que Dios puede hacer de estas piedras hijos de Abrahán. Ya está el hacha puesta en la raíz de los árboles, y todo árbol que no dé buen fruto será cortado y arrojado al fuego.

Es un ejemplo muy claro de visión apocalíptica. El diagnóstico, el análisis de la realidad arroja un balance profundamente negativo y solo cabe cortar el árbol para que vuelva a nacer otra cosa nueva. Esta visión era muy popular.

c) *Jesús y su mirada escatológica* (Mt 16,1-4; Mc 1,9-11 y 15,33-39)

Sin embargo, Jesús, que quizás inicialmente se vio vinculado con la propuesta de Juan el Bautista, muy pronto se aleja de esta visión. En los textos que vamos a leer veremos que subrayan un análisis y un diagnóstico de la realidad radicalmente diferente; yo me atrevería a decir que, en realidad, es opuesto al de Juan el Bautista. Esta mirada de Jesús, frente a la mirada apocalíptica de Juan el Bautista, la podríamos catalogar como mirada escatológica.

Son dos términos muy ambiguos y confusos; no me voy a detener en explicar el significado, pero sí quiero subrayar que la visión apocalíptica parte de un diagnóstico de la realidad muy negativo, que solo ve solución en un futuro inmediato, por la intervención de Dios que terminará aniquilando este presente lleno de injusticia, corrupto, y hará vislumbrar el mundo de Dios en el futuro; el presente está corrompido y solo cabe esperanza en el futuro.

La visión escatológica es la que representa Jesús y vendría a ser casi la inversa, es decir, aquella que ve la realidad de un modo esperanzado; aquello que, en tiempo de Jesús, todo el mundo esperaba para el futuro... -ese mundo y reino de Dios que todos creían que llegaría mañana, pasado mañana, el año que viene... por la intervención de Dios- Jesús lo veía presente ya, actuando hoy. De tal modo que Jesús va a hacer un diagnóstico del presente radicalmente positivo: el presente no está corrompido; es verdad que hay rasgos de corrupción, pero ese futuro que todos esperaban como un futuro de bienestar, de justicia, de paz... ese futuro ya está ocurriendo hoy si somos capaces de verlo. Por tanto, la mirada escatológica sería aquella que mira al presente viendo más allá de la realidad aparente. Cuando todos ven que el mundo está corrompido, que no cabe solución, que están saliendo en los telediarios cada vez más políticos -y no solo políticos- corrompidos... uno está muy tentado de pensar que esto no tiene ninguna solución, que solo un diluvio universal que acabara con todo e hiciera renacer de nuevo la creación podría resolverlo... Ésta no es la imagen de Jesús; Jesús ve que en el presente está surgiendo algo nuevo. Esa visión que hace un análisis, un diagnóstico profundamente positivo del presente, le va a ayudar a Jesús a ver la historia al revés que Juan el Bautista. Es lo que quiero subrayar a continuación.

Vamos a fijarnos en algunos detalles de esta propuesta escatológica de Jesús, de este “modo de hacer historia”, como dice el título de la conferencia; es su modo de ver y de hacer la historia.

3. JESÚS EL PROFETA DE LAS PARÁBOLAS

La verdad es que toda la vida de Jesús es un signo, una gran parábola del mundo que Dios quiere para el presente. Por eso, podríamos entender que, tanto el evangelio de Marcos como los demás, son una gran parábola del reino de Dios.

Hay muchos rasgos proféticos en esa vida de Jesús en los cuales nos podríamos fijar pero, dado el tiempo que tenemos, vamos a fijarnos en ver la capacidad y la brillantez de Jesús para elegir unas metáforas, unos signos absolutamente cotidianos de la realidad, y hacer que todos aquellos que le escuchaban se fijaran en ellos y descubrieran un sentido oculto. Ese sentido oculto es profundamente sugerente. Sospecho que, si leemos bien las parábolas que vamos a ver a continuación, no vamos a terminar la conferencia del mismo modo que la hemos comenzado.

La base de las parábolas de Jesús no es un optimismo; Jesús no era un optimista ni alguien que tuviera unos sentimientos de ilusión de cara al futuro; tampoco es que fuera un magnífico analista de los datos del presente, pero sí era capaz de ver muchas cosas que nadie veía y de analizar esos datos. En mi opinión, en la raíz de las parábolas de Jesús está su profunda experiencia de Dios; en el fondo de todas sus parábolas, Jesús se está remitiendo continuamente a su experiencia de Dios, al rostro de Dios que él ha conocido. Y en todas ellas resulta desconcertante.

Todas las parábolas, si se leen bien, provocan una sacudida. También incomodan... porque Jesús pretende incomodar especialmente a aquellos que creen tener seguridades sobre su experiencia y sobre su imagen de Dios. Uno de los más claros destinatarios de las parábolas de Jesús es el hombre y la mujer religiosos, los que se creen seguros en sus creencias y prácticas religiosas; porque la experiencia de Dios es una experiencia que sacude.

Para fijarnos en ello voy a tomar un pequeño detalle que creo que nos puede dar idea de esta dimensión y del alcance de la experiencia que Jesús tiene de Dios. Cuando Marcos decidió contarnos el relato de la vida de Jesús en su evangelio, comenzó y terminó del mismo modo; en todo su evangelio solo utiliza dos veces un verbo, un verbo fuerte: “desgarrar”. En el relato de Marcos solo se desgarran dos cosas: la primera ocurre en el mismo momento en el que Jesús entra en escena, el momento del Bautismo (Mc 1,9-11); y la última, cuando Jesús muere, es decir, cuando sale de la escena (Mc 15,38).

Según Marcos, lo que se desgarrar en el primer relato, en el bautismo, es el cielo; y lo que se desgarrar en el último es el velo del templo. En las dos ocasiones utiliza Marcos este verbo que no se utilizaba normalmente porque en otra escena utiliza el verbo “rasgarse”, cuando el sumo sacerdote “se rasga las vestiduras”, pero en griego es otro verbo (Mc 14,63) Cuando una tela “se desgarrar” ya no se puede volver a unir porque se ha deshecho de tal modo que queda abierta para siempre.

Esas dos escenas no son casuales; en esta coincidencia Marcos está diciendo que toda la historia de Jesús, todo lo que va a narrar es, desde el principio hasta el final, un continuo desgarrarse todo aquello que separa a Dios de los hombres: el cielo y el velo del templo; dos metáforas que servían, en el tiempo de Jesús, para separar a Dios de los hombres. La vida de Jesús es como un signo para intentar convencer de que Dios ya no está jamás separado de los hombres; toda la vida de Jesús es presencia continua de Dios en la historia, desde el principio hasta el final.

Leemos los dos textos para fijarnos en un par de detalles. El primero dice así:

En aquel entonces vino Jesús desde Nazaret de Galilea y fue bautizado por Juan en el Jordán. En cuanto salió del agua vio que “los cielos se desgarraban” y que el Espíritu, en forma de paloma bajaba sobre él. Entonces se oyó una voz que venía de los cielos: ‘Tú eres mi hijo amado, en ti me complazco’. (Mc 1,9-11)

Marcos hace hablar a Dios en esta escena; solo lo hará después en otra, la de la transfiguración. En realidad, lo que dice este texto de Dios es algo muy sencillo que, probablemente a nadie le extrañaría: *Tú eres mi hijo amado, en ti me complazco*; pero lo que subraya es que es “un Dios que ama”. Puede parecer algo obvio, pero hay que ver lo que dicen y lo que no dicen las imágenes de Dios que, en toda la historia bíblica son muchas y muy variadas. Lo que dice Marcos de Jesús es que su experiencia de Dios es ésta y ninguna otra. Cualquier otra imagen que pretenda ser de Dios es errónea. Dios es el que dice: *Tú eres mi hijo amado -¡Yo solo sé amar! No hay otra imagen que hable de Dios más que ésta- en ti me complazco.*

En el segundo texto se desgarran el velo del templo:

Llegada la hora sexta, la oscuridad cubrió la tierra hasta la hora de nona. A la hora de nona Jesús gritó con fuerte voz: ‘Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado’. Jesús lanzando un fuerte grito expiro, y el velo del santuario se desgarró en dos, de arriba abajo. El centurión, que estaba frente a él, al ver que había expirado de esta manera dijo: ‘Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios’.

En esta escena lo que subraya Marcos es que, una muerte absolutamente vergonzosa -la muerte de los rebeldes, de los esclavos, privada de todo honor- es precisamente la que provoca que alguien, el centurión, un pagano romano, exclame que *Jesús es Hijo de Dios*, se parezca a Dios. Esto es enormemente relevante. Ahora quiero subrayar lo que no dice de Dios. Se podría haber subrayado que Dios, en este momento en el que matan a su hijo, rechazándolo a él, toma venganza de la víctima, castigando a los verdugos; sin embargo, lo que subraya de Dios es precisamente lo contrario: que Dios respeta la historia de los hombres, que no interviene resolviendo los problemas de la historia, sino que respeta la libertad y acepta incluso el rechazo, ofreciendo siempre una segunda oportunidad, incluso para el malvado, para el verdugo, porque ése es el único modo de cambiar la historia, al romper el círculo de la violencia.

Estos dos textos podrían servirnos para resaltar dos aspectos de la experiencia que Jesús tiene de Dios y que formulo de este modo para ver si nos orientan la lectura de los textos que vamos a ver a continuación. La experiencia que Jesús tiene de Dios revelaría, no tanto la fe o la confianza que Jesús tiene en Dios, sino sobre todo la fe y la confianza que Dios tiene en Jesús y en su vida.

La fe, la confianza que brota de Jesús es la que confía en la fe de Dios en la propia vida de Jesús y en la historia. La fe para Jesús es este rasgo fundamental: Dios es el que confía en Jesús, el que confía en su vida, en su historia, el que confía en la historia de los hombres, en las personas que él ha creado. Jesús muestra que creer en Dios es creer que Dios cree en la historia de los hombres; que los hombres deben creer en las posibilidades de la historia. *En ti me complazco...* hemos leído en Mc 1,11; Dios le dice a Jesús: “lo que tú hagas me parece bien”. Este rasgo amoroso de Dios es el que se revela amando, este amor es de plena confianza: “te amo hasta el punto de que confío plenamente en lo que tú hagas...” Dios es así.

Yo creo que, sin esta experiencia religiosa que Jesús tiene de Dios, no se pueden entender las parábolas que vamos a ver. Jesús no está subrayando solo su fe en Dios; Jesús no quiere provocar solo la fe de los creyentes en Dios; lo que Jesús quiere es que los creyentes experimenten a Dios como aquel que confía en ellos amándolos. Esta visión de la fe tiene un matiz que obliga a mirar la realidad y la fe de un modo muy diferente:

Dios es el que ama y el que confía hasta el final, respetando hasta el rechazo; incluso cuando matan a Jesús, Dios decide no intervenir, acepta esa historia.

Ésa sería la raíz de la esperanza que les mencionaba antes. Jesús no es un iluso, un optimista, sino que es un hombre esperanzado porque tiene experiencia, tiene certeza de que, en el fondo de toda esta historia que él estaba viviendo, en el fondo de la historia que nosotros vivimos, está la palabra de Dios actuando. Dios ha confiado en esta historia; “ama y haz lo que quieras...” decía San Agustín, incluso rechazar a Dios. La raíz de la esperanza no es el optimismo; la raíz de la esperanza es que, en el fondo de toda la historia, en las raíces de esta historia, Dios está actuando.

A mí me parece que desde esta clave, que es profundamente teológica, se puede entender bien el modo como Jesús mira la historia, mira a las personas y quizás también, el modo como nosotros podemos mirar estas parábolas que vamos a ver a continuación.

a) *Jesús habla en parábolas*

Las parábolas de Jesús son muchas. Jesús hablaba sobre todo en parábolas; fue algo peculiar de Jesús. En muchos otros profetas bíblicos encontramos otro tipo de discursos; sin embargo, lo más histórico de Jesús no son los discursos, las definiciones; Jesús no define credos en el evangelio, no redacta catecismos, no dicta normas que creer... El modo de hablar de Jesús del reino de Dios, del Dios del Reino, es siempre sugiriendo, provocando la imaginación, haciendo pensar, provocando la iniciativa, a fin de que cada oyente se implique, proponiendo nuevos modos de mirar la realidad, desafiando lo obvio, ampliando los límites, cuestionando los prejuicios, ilusionando y dando esperanza; así son las parábolas.

Marcos, al comienzo del capítulo cuarto, que es donde recoge las parábolas de Jesús, dice: *Una vez más Jesús se puso a enseñar a orillas del mar, y se reunió tanta gente junto a él que hubo de subir a una barca. Y les enseñaba muchas cosas por medio de parábolas. Y al terminar este capítulo dice Marcos: Y Jesús no les hablaba sino en parábolas y a sus propios discípulos les explicaba todo en privado.*

Hay algunas parábolas de Jesús que hablan muy bien del corazón de Jesús; en ellas está el corazón de Dios, del reino de Dios. La dimensión profética de Jesús podemos descubrirla probablemente de un modo privilegiado en estas parábolas, en algunas de las cuales vamos a fijarnos para poder descubrir un hilo conductor en el que Jesús pretende hacer descubrir a los creyentes esta imaginación profética de la que hablaba antes, este modo de mirar la historia, de mirar la realidad con los ojos de Dios. Jesús ha descubierto con Dios, ha tenido certeza de que Dios es el que ama y se implica hasta el final en la historia de Jesús, en la historia de los hombres y que eso conlleva necesariamente mirar la historia y la propia vida de otro modo. Para eso Jesús no redacta un catecismo ni elabora un manual de instrucciones, sino que cuenta parábolas. Las que vamos a ver pueden ayudarnos a descubrir este misterio que está detrás.

b) *Parábolas de contraste*

- La primera que describe Marcos en este capítulo cuarto es “la del sembrador”:

¡Escuchad! Una vez salió un sembrador a sembrar pero resulta que, al sembrar, una parte quedó a un lado del camino, y vinieron las aves y se la comieron. Otra parte cayó en terreno pedregoso donde no había mucha tierra y brotó enseguida por no tener hondura la tierra, pero en cuanto salió el sol se agostó y, por no tener raíz, se agostó. Otra parte cayó entre abrojos, pero crecieron los abrojos y la sofocaron y no dio fruto. Otras partes cayeron en tierra buena, crecieron, se desarrollaron y dieron fruto; unas produjeron 30, otras 60, otras 100. Y añadió: ‘¡Quien tenga oídos para oír, que oiga!’ (Mc 4,3-9)

Todas las parábolas como es propio de ellas, son textos abiertos, sugerentes, que no están cerrados a una interpretación, en las que podríamos encontrar cantidad de detalles. Son unas imágenes cotidianas que se prestan a verlas desde diferentes perspectivas. He elegido solamente algún detalle de cada una de ellas para darnos cuenta de la propuesta de Jesús, del carácter incómodo, sobre todo para las personas religiosas, y la novedad.

En esta parábola hay un elemento extraño, el del sembrador inicial, el protagonista. Es un sembrador poco común porque todas las parábolas de Jesús están tomadas de la vida cotidiana, y los que le escuchaban eran sembradores que sabían que la semilla es un bien muy preciado y que el sembrador, cuando siembra lo hace generalmente a voleo, tomando un puñado y procurando que, al echarlo, caiga en tierra buena; un sembrador no iba como parece que va el de la parábola, echando una parte en el camino, otra entre piedras, otra entre abrojos... aparentemente es un sembrador torpe, negligente o inepto. ¡Qué extraño resulta esto! De tal modo que la mayor parte de la parábola es describir dónde y cómo va cayendo la semilla... Cualquiera puede pensar que es un sembrador que ha echado a perder la mayor parte de la semilla...

Yo les invito a que la lean de nuevo, con atención, y se darán cuenta de que Jesús, cuando cuenta esta parábola lo hace con la intención de fijarse en los detalles: “Una” parte cayó en el camino, “una” parte cayó entre piedras, “otra” parte cayó entre abrojos y “otras partes” cayeron en tierra buena... Estas partes son las que dan fruto, 30, 60 o 100... Jesús parece plantear una pregunta. Uno puede mirar a la realidad y ver todo lo que se ha perdido... parece que la realidad es una enorme pérdida. Sin embargo, si uno rasca un poco en la realidad, se da cuenta de que lo que se pierde es mucho menos que lo que ha caído en tierra buena, solo que no llama tanto la atención. Lo que ha caído en tierra buena, el fruto que ha dado -30, 60, 100- es mucho más que lo que se ha perdido.

Hay un modo de mirar la realidad que es fijarse en lo que se pierde y lo que Jesús plantea es que hay otro modo de mirar la realidad: fijarse en que lo que ha caído en tierra buena es mucho más y produce mucho fruto. Es como una invitación; hoy se ve mucha semilla perdida... desesperanza, violencia, injusticia, corrupción... pero hay que fijarse bien para descubrir que no es así toda la realidad, que calladamente hay mucha más semilla que da fruto, y que el fruto de la semilla que cae en tierra buena supera con creces lo que se ha perdido. Éste es el primer punto de la mirada que ofrece Jesús.

- En el capítulo 4 de Marcos, versículos 26 y ss, Jesús propone la parábola de “La semilla que crece por sí sola”:

El reino de Dios es como el caso de un hombre que siembra el grano en la tierra; duerma o se levante, de noche o de día, el grano brota y crece sin que él sepa cómo. La tierra da el fruto por sí misma: primero hierba, luego espiga, luego grano repleto en la espiga. Y cuando el fruto lo admite, enseguida se mete la hoz porque ha llegado la siega.

Todo el mundo sabe que eso de que la semilla se siembra y da el fruto por sí misma es una ilusión; El trabajo del campo requiere esfuerzo; no hay más que preguntar a los que son labradores... Ellos saben que cuesta mucho trabajo que la semilla dé fruto, y que siempre hay muchos inconvenientes en el camino. Sin embargo, lo que la parábola subraya es que, más allá del trabajo del labrador -que en esta parábola no tiene ningún protagonismo- hay una confianza ciega en la semilla.

Es claro que tiene que haber un trabajo pero, lo que nos dice Jesús es que no hay que fijarse tanto en el trabajo que requiere esto, sino en la capacidad que tiene una semilla, que es insignificante, que parece imposible que dé fruto, que parece despreciable en sí, pero que, si uno cree que realmente poniéndola en tierra nace y da fruto, lo hace. Por mucho que tires de la planta, no va a crecer antes; por mucho que le pongas el pie encima, no impides que crezca. La parábola subraya que esto de mirar la historia con los ojos de Dios tiene que ver con confiar en la semilla sembrada, no tanto en tu trabajo; no hay que fijarse tanto en el propio trabajo como labrador y más en el potencial de la semilla. Esto del reino depende mucho más de que alguien confíe en el potencial de la semilla; sin él, el trabajo del labrador no vale nada...

La semilla ya está sembrada; el trabajo de creer no es sembrar. Ningún creyente es sembrador, sino testigo de la semilla sembrada que está dando fruto. En las parábolas de Jesús, el sembrador siempre es Dios.

c) Parábolas de lo perdido

Estas parábolas subrayan otro aspecto de este carácter profético de Jesús que a mí me parece muy sugerente, quizás también incómodo, chocante, pero enormemente esperanzador.

- La primera de estas parábolas, “La oveja perdida”, dice así:

¿Qué os parece? Si un hombre tiene cien ovejas y se le extravía una de ellas, ¿no dejará en los montes las noventa y nueve para ir en busca de la descarriada? Y si llega a encontrarla, os aseguro que tendrá más alegría por ella que por las noventa y nueve no descarriadas.

De nuevo la parábola presenta interrogantes extraños, como en el caso del sembrador. ¡Vaya pastor extraño que se le pierde una oveja, y abandona las otras para ir a buscarla!

Mateo describe a la oveja “perdida”, no como aquella que se ha despistado y ha perdido el rastro de las demás, sino como aquella que ha decidido tomar otro camino (usa el verbo *planaô en griego*). Es el mismo verbo que los primeros cristianos empleaban para los rebeldes y los herejes. Por tanto, se trata de una oveja que decide descarriarse; no es que se haya despistado del rebaño mientras iba comiendo la hierba... no es una oveja despistada, es una oveja que decide separarse del rebaño, como el caso del hijo pequeño en la parábola del hijo perdido (Lc 15,11-32).

En este caso, lo verdaderamente extraño no es que el pastor vaya a buscar la oveja perdida, sino que este pastor decide abandonar el rebaño... Cualquier pastor, si se pierde

una oveja, va a buscarla y hace todo lo posible por encontrarla; por tanto, eso no extraña en esta parábola; pero sí extraña que abandone a las noventa y nueve en el monte cuando lo lógico sería meterlas primero en el redil y, cuando estén seguras, ir a buscar la otra...

La parábola insiste en este detalle, en que abandona en el monte a las noventa y nueve, las deja a su suerte, al acecho de las fieras, desorientadas, abocadas quizás a una perdición y a una muerte... y se va a buscar la perdida. Y ni siquiera cuando encuentra a la perdida dice que va a por las noventa y nueve para juntarlas todas... Jesús quiere que nos fijemos en que ese pastor es capaz de abandonar a las noventa y nueve que no se han perdido por ir a buscar a la que ha decidido largarse.

Obviamente la parábola encierra un misterio relacionado con la experiencia de Dios que podríamos plantear así: los que son considerados “perdidos” para la mayoría, tienen un misterioso valor para Dios. Es decir, aquello que la mayoría consideraríamos perdido, que no vale... a los ojos de Dios vale mucho más que lo que nosotros creemos. Jesús plantea aquí una pregunta: “¿Tú crees que sabes lo que Dios valora? ¿Crees que sabes cómo es Dios? ¿Te crees que sabes cómo es la justicia de Dios porque crees que premia a los buenos y castiga a los malos? ¡Pues no tienes ni idea!”

- La parábola del “Hijo perdido”, (Lc 15,11-32) es muy larga y no podemos leerla aquí, pero cuando la lean verán que se plantea la misma pregunta; algo así como si Jesús preguntara a sus oyentes: “¿Quién es el hijo perdido en esta historia? ¿El menor que, de un modo rebelde, avergonzando a todo el mundo, pide a su padre que le dé el dinero y cuando lo gasta vuelve con la cabeza baja porque tiene necesidad, y su padre lo acoge y entra en la fiesta? ¿Este es el hijo perdido o lo es el mayor, el que ha estado toda la vida con el padre, trabajando de sol a sol, que tenía todo con el padre, compartiéndolo todo excepto el final, que en el momento de la fiesta por su hermano no entra porque no acepta a su hermano?”

¿Quién es el hijo perdido...? Porque, si lo de Dios es una fiesta, y la fiesta es el final, el que considerábamos perdido al inicio, no es perdido... Y el que no consideramos perdido, sino el prototipo de hombre religioso, trabajando constantemente, obediente al padre, toda la vida con él, queda fuera de la fiesta... él es el hijo perdido.

d) *Parábolas de desafío*

Las dos últimas parábolas que quiero mencionar me parecen tremendamente incómodas para el hombre y la mujer religiosos, para aquellas personas que creen saber quién es Dios, que se creen observantes, trabajadoras del reino, que creen conocer la justicia de Dios...

- La primera es la llamada “El buen samaritano” (Lc, 10,29-37). Esta parábola viene inmediatamente después de un diálogo en el que un escriba le pregunta a Jesús ¿cuál es el mandamiento principal, a lo que Jesús le responde: “Amar a Dios y amar al prójimo”

Entonces el escriba, queriendo justificarse le pregunta a Jesús ‘¿Y quién es mi prójimo?’ Jesús le respondió: ‘Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de unos bandidos que, después de despojarle y darle una paliza, se fueron dejándolo medio muerto. Casualmente bajó por aquel camino un sacerdote que, al verlo, dio un rodeo. Después un levita, que también pasaba por aquel sitio, lo vio y dio un rodeo. Pero un samaritano, que iba de camino, llegó junto a él y al verlo tuvo compasión. Se acercó, vendó sus heridas y echó en ellas vino y aceite; lo montó sobre su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y cuidó de él. Al día siguiente sacó dos denarios y se los dio al

posadero diciendo: ‘cuida de él y si gastas algo más, te lo pagaré cuando vuelva’. ‘¿Cuál de éstos –le pregunta Jesús- te parece que fue prójimo del que cayó en manos de los bandidos?’ Y el escriba respondió: ‘El que practicó la misericordia con él’. Le dijo Jesús: ‘Vete, y haz tú lo mismo’

Esta parábola, riquísima en detalles, nos daría para mucho tiempo. Vamos a fijarnos en tres ideas.

- Primera: La parábola comienza con la pregunta del escriba a Jesús: *¿Cuál es el mandamiento principal?* La parábola es la respuesta a esa pregunta termina con otra pregunta: *¿Cuál de los tres fue prójimo del que cayó en manos de los bandidos?*

Fíjense la sutil inversión en la pregunta que ha hecho Jesús. Cuando él le dijo, *Amar a Dios y al prójimo*, el escriba le preguntó: *¿Quién es mi prójimo? ¿A quién tengo que amar?*

Ahora Jesús le dice: “no te preguntes quién es tu prójimo, pregúntate quién se ha comportado con esa víctima como prójimo” Jesús obliga al escriba a invertir el enfoque de la pregunta. En realidad, al preguntar *¿quién es mi prójimo?* el escriba estaba preguntando: “¿Con quién cumplo la ley? ¿A quién tengo que amar para cumplir la ley?” Es la pregunta de un hombre religioso. Pero Jesús le dice: “no te preguntes con quién cumples la ley, sino quién necesita de tu ayuda, quién necesita que tú seas su prójimo”

Esa es la postura adecuada desde el reino de Dios. La parábola pretende que el oyente se ponga en el lugar de la víctima. La pregunta inicial era la del religioso cumplidor: *¿qué debo hacer...? ¿Cómo cumplo los mandamientos...? ¿Qué debo hacer para salvarme...?* Pero Jesús desmonta todas esas preguntas y propone un cambio de mirada: hacerse preguntas desde el lugar del que sufre la injusticia, no desde la percepción religiosa, no desde el que aspira a ser buen religioso, a ser buen creyente... Eso a Jesús no le vale.

- Segundo aspecto. Para dar la respuesta, Jesús elige a un samaritano. Obviamente no es algo casual; el samaritano para un judeo (judío de Judea) era un enemigo, era aquel que resumía todos los prejuicios negativos. Poniendo como ejemplo a un enemigo que cura y a un sacerdote y un levita que no curan, que no atienden, Jesús obliga al oyente de esta parábola a ver la realidad con sus múltiples caras, porque nadie es solo enemigo ni solo amigo... todos somos alguna vez en nuestra vida amigos y enemigos... víctimas y verdugos... somos salteadores y prójimos... dañamos y sufrimos... todos somos samaritanos y judíos en alguna ocasión. Poniendo al samaritano como aquel que atiende al que estaba en el camino, es como si Jesús preguntara: *¿estás tú dispuesto a ser socorrido, acogido y cuidado por tu enemigo, por aquel a quien odias? ¿Eres capaz de mirar otras caras de la realidad para ver el prójimo que hay en tu enemigo?*

Lo que dice Jesús es que la mirada de la víctima puede sanar muchas heridas, que puede ayudar a descubrir al prójimo que hay en el enemigo. La costumbre, los prejuicios, los odios enquistados, el rencor, el deseo de venganza... es la mirada del que se siente fuerte, superior, dominador... Hay que ponerse en la piel del que lo ha perdido todo para romper esos prejuicios. Jesús está proponiendo mirar de otro modo, ponerse en la piel de la víctima y ver la realidad como ella la ve, para descubrir lo que solamente desde esa perspectiva se puede ver; que quizás el más odiado puede ser el que te salve de tus prejuicios, de tus limitaciones, de tus errores, y aquel que te dé esperanza.

- Tercera idea. Jesús lo que hace es desafiar la visión del hombre religioso; la que tenía el sacerdote y el levita porque son los que representan la preocupación de la persona

religiosa: estaban centrados en sus preocupaciones religiosas, en el cumplimiento de las leyes, en la ortodoxia en que se iban a contaminar... Es un heterodoxo, un hereje, un no creyente, un no ejemplo de fe... aquel que pone Jesús como ejemplo de fe frente a la persona religiosa.

- En el capítulo 20,1-16, del evangelio de Mateo hay una parábola, “Los jornaleros de la viña”, que termina con una sacudida:

El reino de los cielos es semejante a un propietario que salió a primera hora de la mañana a contratar obreros para su viña.

Tras ajustarse con los obreros en un denario, los llevó hacia su viña. Luego salió a la hora tercia, y al ver que estaban parados les dijo: ‘Id también vosotros a mi viña y os daré lo que sea justo’ Ellos fueron. Volvió a la hora sexta y a la hora nona e hizo lo mismo. Salió a la hora undécima y al encontrar a otros que estaban allí les dijo: ‘¿Por qué estáis aquí todo el día parados?’ Le respondieron: ‘Es que nadie nos ha contratado’ Les dijo: ‘Id también vosotros a la viña?’

Al atardecer dijo el dueño de la viña al administrador: ‘Llama a los obreros y págalos el jornal, empezando por los últimos hasta los primeros’ Entraron los de la hora undécima y cobraron un denario cada uno; los primeros, al ver que los últimos cobraban un denario, pensaron que ellos cobrarían más. Sin embargo, también ellos cobraron un denario cada uno. Tras cobrarlo, se quejaron al propietario y le dijeron: ‘Estos últimos no han trabajado más que una hora y les pagas como a nosotros, que hemos aguantado el peso del día y el calor de la jornada’ Pero él contestó a uno de ellos: ‘Amigo, no te hago ninguna injusticia. ¿No te ajustaste conmigo en un denario? Pues toma lo tuyo y vete. Por mi parte quiero dar a este último lo mismo que a ti. ¿Es que no puedo hacer con lo mío lo que quiero? ¿Va a ser tu ojo malo porque yo soy bueno? Así los últimos serán primeros y los primeros últimos.’

Me voy a fijar solo en un par de detalles:

En esta parábola hay dos clases de trabajadores: los de primera hora, que han madrugado, se han levantado temprano, dejando la familia en su casa, dejando otros quehaceres, se han esforzado... y han llegado los primeros, dispuestos a trabajar todo el día; y con ellos, solo con ellos, el dueño de la viña se ajusta en un denario, que era un salario justo. Luego están los trabajadores de segunda, tercera o cuarta hora, que no han madrugado... cierto que muy diligentes no eran... un poco vagos... Si llegan a última hora no estarían dispuestos a trabajar mucho; de hecho no les contratan, por algo será... quizás había alguno lisiado, algún “sindicalista”, “revolvedor”... Con ellos, el dueño de la viña no ajusta en ningún salario; es un poco raro que alguien vaya a trabajar y no sepa cuánto va a cobrar...

Los primeros, buenos trabajadores, se ajustan en un denario; hay un contrato de palabra. En el segundo caso no hay contrato; hay un gesto de doble confianza: el dueño de la viña considera y confía en que estos malos trabajadores de segunda, tercera o cuarta hora, van a trabajar algo, y ellos consideran que lo que les ha dicho el dueño, que les pagará lo justo, será cierto. Los primeros están confiados en su contrato y en su trabajo; los últimos están confiados solamente en la palabra del dueño; son dos detalles muy significativos.

El problema que plantea la parábola se podría haber resuelto de forma muy fácil si el administrador hubiera empezado a pagar a los primeros: habrían cobrado un denario, y se habrían marchado tan contentos con su denario; no se habrían enterado de lo que se les ha

pagado a los otros y no habrían protestado. Sin embargo, pagando primero a los últimos, el dueño obliga a los primeros a contemplar la escena; tiene un cierto toque de crueldad, porque obliga a los primeros a ver que esos últimos se llevan el mismo dinero por no haber trabajado casi nada...

En el fondo, la parábola pretende plantear una pregunta al oyente de Jesús: ¿Tú eres de los que se enfadarían con el dueño, por darte lo mismo que a los que no han trabajado? ¿Tú eres de los que crees que lo justo para el dueño es injusto para ti? ¿Eres de los buenos trabajadores que se esfuerzan y confían en que su trabajo y su contrato les va a dar la recompensa? ¿O eres de los que no confían en su trabajo, sino en la bondad y generosidad del dueño?

Si eres de los primeros, de los que confían en su trabajo y sus derechos, en su contrato, vas a escuchar del dueño: '¿Va a ser tú ojo malo porque yo sea bueno? Pues toma lo tuyo y vete'

Lo justo inicialmente se ha convertido en injusto para los primeros cuando está al alcance de todos. El salario por el trabajo es justo mientras no viene otro que obtiene lo mismo sin haber trabajado.

Piensen esto en clave religiosa. Lo que la parábola parece decir es que Dios es así, que el Dios Padre de Jesús no quiere trabajadores eficaces o entregados que solo piensan en su justicia, en sus privilegios, en su salvación, y sienten envidia por otros... o no se alegran con el don de los demás. Dios no quiere trabajadores que se agarran a su esfuerzo, a su justicia, sino trabajadores que confían en él, que se alegran con la alegría con los demás, que trabajan, no para mejorar sus privilegios o conseguir su propia salvación, sino para lograr que todos tengan lo justo.

Esta parábola no es una selección de creyentes; sería un error leerla así. La parábola es en realidad una llamada radical y provocadora sobre los fundamentos de la fe: ¿Dónde tengo yo puesta mi confianza? ¿En mi fe en Dios o en la fe que Dios tiene en mí, como esos últimos trabajadores? ¿Soy de los primeros, que confío en mi esfuerzo, en mi cumplimiento, en mis méritos, o en mis derechos adquiridos, en mi fe en Dios? ¿O soy más bien de los últimos, que confían en que es Dios el que se ha fijado en mí sin merecerlo, porque soy mal trabajador, vago, lisiado, incapaz, rebelde pero, gracias a que Dios me ha invitado a la viña a deshora, tengo un salario que no merezco?

Muchas gracias